

«LARES Y PENARES»: EL CICLO NARRATIVO DE MANUEL ANDÚJAR

Rafael Alarcón Sierra
Universidad de Jaén

RESUMEN: Manuel Andújar es un destacado novelista del siglo XX. Este artículo repasa su trayectoria biográfica y narrativa, particularmente el ciclo denominado «Lares y penares». Su escritura parte de unos moldes realistas y de un designio cívico y ético. En este realismo, lo testimonial se impregna de valores simbólicos y morales. Por otra parte, observa lo sociohistórico desde una perspectiva íntima, intrahistórica, psicológica, desde las vivencias, pensamientos y anhelos de sus personajes, sin olvidar la nota lírica, impresionista o expresionista cuando es necesario. Uno de sus mayores aciertos es la interpretación de los hechos a través de una visión perspectivística, polifónica y dialógica, mediante la construcción de novelas corales donde predomina el narrador múltiple, el monólogo interior y el diálogo entre personajes.

PALABRAS CLAVE: Manuel Andújar, narrativa, «Lares y Penares», exilio, realismo simbólico.

ABSTRACT: Manuel Andújar is an out-standing novelist of the 20th century. This paper revises his biographical and narrative path, particularly the cycle called «Lares y penares». His writing departs from a few realistic moulds as well as from a civic and ethical plan. In this realism, the nominal thing is impregnated with symbolic and moral values. On the other hand, he observes the history and society through an intimate, intra-historical and psychological perspective, from the experiences, thoughts and longings of his characters, without forgetting the lyric, impressionistic or expressionist note if necessary. One of his major successes is the interpretation of the facts by a polyphonic and dialogic vision, by means of the construction of coral novels where the multiple narrator, the interior monologue and the dialog between characters prevail.

KEY-WORDS: Manuel Andújar, narrative, «Lares y Penares», exile, symbolic realism.

Manuel Andújar es un destacado narrador del siglo XX. Su narrativa ha sido definida como «un intento de autoexplicación personal y colectiva a un tiempo» (Conte 1987: 39). Su obra literaria es, de forma señalada, una meditación acerca de la España de su tiempo, y esta indagación moral, entre lúcida y pesimista, sobre las peripecias de una colectividad a lo largo del siglo XX, la realiza desde una perspectiva principalmente introspectiva. La guerra y el exilio marcan a fuego la vida y la creación

andujariana, y son el eje biográfico e histórico desde el que este interpreta la realidad en sus novelas, partiendo de sus vivencias y recuerdos, transformados en materia narrativa.

Su escritura parte de unos moldes realistas y de un designio cívico y ético. En este realismo, lo testimonial se impregna de valores simbólicos y morales, puesto que indaga en una situación tratando de descubrir su sentido último. Por otra parte, Andújar siempre observa lo sociohistórico desde una perspectiva íntima, intrahistórica, psicológica, desde las vivencias, pensamientos, anhelos y sueños de sus personajes, sin olvidar la nota lírica, impresionista o expresionista cuando es necesario. Uno de sus mayores aciertos es la interpretación de los hechos a través de una visión perspectivística, polifónica y dialógica, mediante la construcción de novelas corales donde predomina el narrador múltiple, el monólogo interior (siempre racional) y el diálogo entre personajes diversos. La certeza de que la realidad, al modo orteguiano, es la suma de todas las conciencias que observan y padecen los hechos. A esta complejidad constructiva y al contenido intelectual de su afán reflexivo se une una progresiva barroquización de su prosa.

Manuel Andújar (en realidad, Culebras) nació en La Carolina, el 4 de enero de 1913. Tras pasar cuatro años en Linares, con ocho años se traslada con su familia a Málaga. Estudia en el Colegio Alemán y en la Escuela de Comercio, donde forma una sección de la Federación Universitaria Escolar (FUE). Aprende alemán, inglés y francés. Sus primeras lecturas serias son Baroja, Azorín, Miró, Pérez de Ayala, Ortega y Valle-Inclán.

Poco después de terminar la segunda enseñanza milita en el Partido Radical Socialista. En el semanario malagueño *El Pregón* trabaja en la sección de crítica de libros. A los 19 años, a finales de 1931, tras la muerte de su padre, se traslada con su madre y hermanos a Madrid, donde gana una plaza de auxiliar administrativo en el Ministerio de Hacienda. A finales de 1934 llega a Barcelona, destinado a la Delegación de Hacienda. Tras los acontecimientos de este año, radicaliza su política –lo que se explica en su novela *Cristal herido*– y entra en las Juventudes Socialistas. Sirve en el Comité de Federación de Juventudes Socialistas en Cataluña, y colabora como editor y administrador en el órgano del partido, *Iskra*. Más tarde, se integra en el Partido Socialista Unificado (PSUC).

Al estallar la guerra civil, marcha a Lérida para trabajar en el periódico *UHP (Uníos, Hermanos Proletarios)*, en el cual escribe una columna diaria. En Lérida, conoce a Durruti y acompaña al general anarquista en su primera salida hacia el frente de Zaragoza. Andújar es corresponsal de

guerra, y esta experiencia será la fuente para el personaje de Andrés Nerja en *Historias de una historia*. Tras algo menos de dos años en Lérida (allí se casa y tiene una hija), es destinado a Barcelona, donde colabora en *Las Noticias*, portavoz de la UGT catalana.

En enero de 1939 pasa a Francia y es internado cerca de cien días en el campo de concentración para soldados republicanos de Saint-Cyprien. De esta experiencia surge la crónica testimonial de *St. Cyprien, Plage... Campo de concentración* (México, 1942), donde describe las penosas condiciones de los refugiados, así como la fuerza de voluntad que le lleva a mantener su actividad y su escritura. La descripción se hace en una prosa sencilla y directa, pero lo informativo se quiebra con frecuentes notas subjetivas de comunicación emocional, a veces de un lirismo contenido. El texto se construye en secuencias que plasman la miseria, el dolor y la soledad, contrapesados por la solidaridad entre los reclusos. Los capítulos finales de *Historias de una historia* los elaborará a partir de esta vivencia.

Poco después, Andújar parte hacia México, en compañía de su mujer. Durante la travesía coopera con otros refugiados (como Juan Rejano o Pedro Garfias) en la creación de un diario de a bordo llamado como el barco, *Sinaia*, que se publica en ciclostil. En México trabaja como corresponsal de francés y alemán para una firma importadora, y en sus ratos libres escribe piezas de teatro breve, inspiradas en la guerra y sus secuelas, que publica en las ediciones de *Cuadernos del Destierro*, colección que crea con José Ramón Arana. En 1944 publica *Partiendo de la angustia*, una novela breve, y en 1945, *Cristal herido*, que relata su experiencia de los años republicanos. Con Arana funda, en 1946, la revista *Las Españas*, plataforma de los intelectuales españoles en el exilio. A finales de 1950 sale de la dirección de la revista por diferencias de criterio.

En 1947 publica la primera novela de su trilogía *Visperas, Llanura*, y en 1949 la segunda, *El vencido*. Por estas fechas se separa de su mujer. Años después conoce a Ananda Velasco, con la que se casa en 1956 y se traslada a Santiago de Chile, donde vive quince meses. Tras una década sin publicar novelas, en 1959 aparece la última parte de *Visperas, El destino de Lázaro*. La vertiente lírica de Andújar da lugar en este tiempo a la publicación de sus primeros poemarios, *La propia imagen*, en 1961 y *Campana y cadena*, en 1965. En este año entra a trabajar como encargado de promoción y publicidad en el Fondo de Cultura Económica.

Tras varios viajes a mediados de los 60 por motivos laborales, Andújar se instala en España en 1967. Un año antes publica en Alfaguara una novela corta de temática rural, *La sombra del madero*, la primera que aparece

en España. El escritor sabe que su público está en su tierra, y vuelve con el propósito de editar su obra, pese a la dictadura de Franco. Ocupa el puesto de Gerente de Promoción y Publicidad de Alianza Editorial. En 1973, tras varios forcejeos con la censura, publica, aunque incompleta, su gran friso sobre la guerra civil, *Historias de una historia*. También aparecen varios libros de relatos y sus *Cuentos completos* en 1989, así como otros de poesía y teatro. En 1982 publica *Cita de fantasmas* y en 1984, *La voz y la sangre*. 1986 ve la publicación íntegra de *Historias de una historia*. En estos años reedita casi toda su obra del exilio. *Mágica fecha*, novela que cierra el ciclo *Lares y penares*, se publica en 1989. Su última novela, *Un caballero de barba azafranada*, aparece en 1992. Muere el 14 de abril de 1994, aniversario de la Segunda República.

La novela que inicia el gran proyecto narrativo de Manuel Andújar sobre la España del siglo XX, «Lares y penares», es *Cristal herido* (1945). El título de «Lares y penares» transforma la conocida expresión «Lares y Penates», que hace referencia a los dioses familiares romanos, protectores del hogar y del territorio. De este modo, Andújar se refiere a las penalidades sufridas en su geografía y en su vivir por sus compatriotas y por él mismo:

El título es una aleación de lo hogareño –de la intrahistoria, que diría Unamuno– y el penar, que es una palabra andaluza tan expresiva, que no se dice de la misma manera en Andalucía que en el resto de España. En realidad, penar es un poco cante jondo. A mí me parece que esto compendia la aspiración –no sé si lograda– del ciclo (Piña-Rosales 1988: 118).

El ciclo novelístico constituye, en efecto, una visión emocional (y frecuentemente pesimista) de distintos momentos de la historia española del siglo XX, a través de las vivencias de anónimos personajes que se ven arrastrados por la fuerza de los acontecimientos políticos y sociales. Todos estos episodios se galvanizan en torno a la guerra civil; unos lo anteceden y tratan de explicarlo (la trilogía *Visperas* y *Cristal herido*), otros se desarrollan en su interior (*Historias de una historia*), y otros son consecuencia del exilio y de la dictadura (*Cita de fantasmas* y *La voz y la sangre*), más una coda final (*Mágica fecha*). Al escritor no le interesa novelar la historia como mera recreación del pasado, sino como una explicación del presente.

En *Cristal herido*, Andújar novela su experiencia de la Segunda República como un intento de explicación de lo que vino después. La obra comienza con la llegada a Madrid, para iniciar sus estudios universitarios, de Carlos, uno de los protagonistas y narradores de la novela, la noche del 9 de agosto de 1932 (el mismo año que lo hizo el propio Andújar),

fecha de la fallida sublevación del general Sanjurjo en Sevilla, y acaba con el asesinato, en una ciudad de provincias del norte, de Antonio, otro de los protagonistas del relato, en los inicios de la guerra civil, a manos de la Falange. Los malos presagios del inicio, por tanto, se ven cumplidos al final. De hecho, buena parte del contenido de esta novela, coral y polifónica, se dedica a la discusión, por parte de varios jóvenes republicanos, que representan todo el arco de la izquierda, de lo que el gobierno debería haber hecho para evitar los sucesos que finalmente ocurren (sobre todo, su falta de contundencia y su equidistancia de los facciosos y de los movimientos obreros). Tres de estos jóvenes, con sus esperanzas e incertidumbres, políticas, existenciales y sentimentales, catalizan las acciones que suceden en el relato, que refleja la vida palpitante de la época, en una mezcla de anhelos personales y preocupaciones colectivas. Sin embargo, la historia aparece casi sobreentendida (aunque no falten las alusiones a los sucesos, las canciones o películas del momento), puesto que Andújar trata de reproducir no los grandes hechos, sino la vida cotidiana, aunque atenta a las circunstancias, de unos personajes más o menos anónimos, desde amas de casa a estudiantes y trabajadores, periodistas, empleados u obreros.

Cristal herido tiene mucho de novela de aprendizaje y de ilusiones perdidas, puesto que la trayectoria de sus idealistas personajes va de la esperanza a la decepción, y la guerra civil supone la madurez de los mismos y el forzoso final de la vida que han llevado hasta el momento. La intransigencia, el egoísmo y los intereses creados de los enemigos de una débil República acaban abruptamente con el debate existencial y político de los protagonistas de la novela. También cuenta con un apreciable fondo autobiográfico. Varios personajes están inspirados en personas que Andújar conoció. El personaje y narrador llamado Carlos es el *alter ego* del escritor, aunque este también proyecta su crisis de conciencia en el personaje de Antonio, recreación de su amigo Antonio García Lorencés (Sherzer 1996: 35). En el transcurso del relato, la importancia focalizadora del primero va disminuyendo conforme aumenta la del segundo. Carlos representa un narrador homodiegético frecuente en Andújar: el personaje observador, caracterizado por su falta de resolución, mientras que en Antonio recrea una figura de comportamiento heroico y de final trágico: su sacrificio eclipsa la crisis ideológica y de conciencia que sufren tanto él mismo como los otros personajes.

Más que una crónica de la época, es una narración de las experiencias individuales de un grupo de jóvenes republicanos en los años treinta del siglo XX, con afán de representar aquella generación partida por la

guerra. A su autor le interesa reflejar la psicología individual de los personajes más que reconstruir la historia, aludida pero sobreentendida. Por eso, el propio novelista habla de un relato intrahistórico. Y ello, aunque la discusión ideológica sea constante, y al final la historia con mayúsculas aplaste las vidas que han aparecido en la novela. Es decir, que los destinos individuales tienen una dimensión colectiva.

Al lector se le exige una participación activa en la novela, y no solo en lo referente a la historia, también en cuanto al discurso; además de la constante oscilación de personajes y narradores, muchos capítulos se inician sin que se indique quién es su narrador, qué personajes están sosteniendo una conversación o a quién pertenece el monólogo interior que estamos leyendo. Estos aspectos y técnicas narrativas volverán a aparecer, de una forma más madura, en el gran friso, igualmente coral y polifónico, de *Historias de una historia*.

Después de novelar, casi como un descargo de conciencia, su experiencia republicana, Andújar vuelve su vista hacia un pasado más remoto en las novelas que formarán la trilogía *Visperas*, cuya redacción se extiende a lo largo de doce años: *Llanura* (1947), *El vencido* (1949) y *El destino de Lázaro* (1959). Son quizá sus obras más conocidas, hasta el punto de ser adaptadas, las dos primeras, en una serie de televisión. El título de la trilogía parece hacer referencia a los antecedentes sociohistóricos, desde finales de siglo XIX hasta poco antes de la década de los treinta, que ocasionaron tanto la República como la guerra civil. Para ello, Andújar escribe tres novelas independientes, aunque relacionadas: *Llanura* se centra en la España rural y en el dominio del caciquismo; *El vencido*, en una cuenca minera y en las reivindicaciones de un naciente movimiento obrero; finalmente, *El destino de Lázaro*, más distanciada cronológica y estructuralmente de las otras dos, hace referencia al mundo del comercio y de la producción vitivinícola en una ciudad portuaria del sur de España. Como vemos, el foco va del mundo agrícola de relaciones todavía casi feudales al proletariado y a la clase media pequeña burguesa.

Siguiendo una procedimiento habitual en la novela realista (tradición de la que parte Andújar), en ninguna de las tres se precisa la localidad en la que se desarrolla el relato, aunque sí hay datos internos y autobiográficos que facilitan su localización. En la primera se habla de un pueblo de la provincia de Ciudad Real; Andújar declaró posteriormente que para su creación se inspiró en sus recuerdos de El Viso del Marqués, pueblo materno, frontero de Jaén, en el que pasó varias vacaciones veraniegas (Andújar 1987: 17-18). En la segunda, el novelista ficcionaliza el entorno

minero de La Carolina, Linares y El Centenillo, que conoce bien desde niño. En la tercera, el relato se desarrolla, sin nombrarla, en la ciudad de Málaga, en la que el escritor pasó su juventud. Para marcar la relación entre ellas, un personaje secundario de la primera novela adquiere relevancia en la última de la serie.

Las tres novelas se elaboran teniendo en cuenta vivencias y recuerdos de su autor, y las tres se caracterizan por la creación de personajes fuertes que se ven inmersos en situaciones que les superan. De este modo, Andújar, crea, por un lado, unos escenarios novelescos que representan diversos conflictos sociales de la España contemporánea (principalmente, la injusticia y la explotación laboral, auspiciada por las rígidas estructuras políticas de la España de la Restauración) y, por otro lado, construye psicológicamente unos protagonistas que no son estereotipos, sino que tienen un completo mundo interior y que evolucionan a lo largo de la novela en función de su forma de ser y de sus acciones. García de Nora fue de los primeros en señalar que la «vacilación entre la vertiente social y la psicológica [...] le otorga complejidad y palpitación humana» (García de Nora 1963: 233).

En síntesis, el novelista idea trayectorias individuales que se insertan en un contexto colectivo. El conflicto personal está siempre entrelazado con el problema social representado, de forma que el inmovilismo estructural del segundo (que no es capaz de entrar en la senda del progreso) hace que fracase el primero. Este fracaso individual adquiere unas dimensiones morales y simbólicas, y se caracteriza por la ruptura de las relaciones sentimentales y familiares del protagonista, que queda, al final de la novela, en una situación de soledad y desamparo. Lo que se expresa es una visión pesimista de la realidad, donde predominan unos valores injustos, un mundo de apariencias, hipocresía y corrupción.

La construcción de la novela parte de unos procedimientos realistas tradicionales (de hecho, buena parte de la crítica lo ha considerado un narrador de estirpe galdosiana): hay una sólida trama argumental que se cuenta de principio a fin, con pocas rupturas cronológicas (si acaso, las inevitables analepsis o saltos hacia el pasado), con sus dosis de intriga e incluso de suspense, hasta llegar a un trágico desenlace. Hay unos personajes bien contruidos, que saben luchar contra la oposición del medio y llevar a cabo hasta el final sus decisiones. La voz, en tercera persona, del narrador omnisciente deja lugar a la voz y a la conciencia de los protagonistas, que a su vez se convierten en narradores (en ocasiones, epistolares) de algunas partes del relato, empleando la primera pero también la segunda persona en sus monodialogos.

Por otra parte, el medio físico condiciona y configura a los personajes, y a veces de forma irracional, perturbadora e inquietante, hasta el punto de que no es despreciable la plasmación de lo telúrico, de una manera entre impresionista y expresionista, que podemos relacionar con Valle-Inclán o con García Lorca. También es característica de Andújar la interiorización de acciones y descripciones en la conciencia reflexiva de los protagonistas, lo que muchas veces dota al párrafo de una conseguida sugestión de calidad metafórica y lírica. De esta forma se funde lo sensorial y lo imaginativo, lo externo y lo interno. Otro mérito del novelista es la forja de una prosa rica, intensa y vigorosa. Andújar sabe reconstruir vivazmente los usos y costumbres y el vivir cotidiano de la sociedad que describe, y aprovechar el habla castiza de los personajes, con una conseguida apariencia de verismo y de espontaneidad popular y coloquial. En síntesis, un realismo suficientemente complejo, eficaz y penetrante. Rafael Conte lo ha definido como «un intento de realismo simbólico», puesto que «el realismo es *intencional*, no técnico, y el simbolismo es *ético*, no simplemente estético» (Conte 1976).

La acción de *Llanura* tiene dos partes bien diferenciadas: en la primera, todo se centra en doña Gabriela, una señorita madrileña que, a la muerte de su esposo (en lo que parece un asesinato por su oposición a la política local), tiene que recluirse en su finca de Las Encinas y sacrificarlo todo para, haciendo gala de un recio carácter y una sólida determinación, sacar adelante el patrimonio agrícola y ganadero de su familia en un entorno hostil. En la segunda parte, su primogénito, Benito, que ha estudiado en Madrid, vuelve al pueblo y, en contra de sus intereses de clase, se enfrenta al cacique para, tras algunos pequeños avances, fracasar en unas elecciones corruptas, ser desterrado del pueblo y malbaratar la hacienda que tanto le costó conseguir mantener a su madre. La novela tiene mucho de drama rural, y se inserta en la línea de relatos contra el caciquismo que cuenta con precedentes, como *Doña Perfecta* de Galdós, *Los pazos de Ulloa* de Pardo Bazán, *César o nada* de Baroja, *Doña Mesalina* de López Pinillos o *Jarrapellejos* de Trigo.

El vencido presenta también un caso de desclasamiento, pero desde el otro lado: Miguel es un muchacho que, al perder a sus padres, queda bajo la protección del «Mellao», un minero socialista mezcla de dureza y ternura. El carácter ambicioso e individualista del muchacho le lleva a alejarse de la minería y ambicionar otra vida. Lo consigue al asesinar a un forastero, apropiarse de una mina de plomo que este acababa de descubrir y emparentar, por matrimonio, con una familia respetable del pueblo. Cuando llega la huelga general, Miguel, ahora patrón, se enfren-

tará a sus antiguos compañeros, acaudillados por el «Mellao». Al morir este, recibe la fraternidad de todo el pueblo (el eco de *Germinal* de Zola es inevitable), mientras que Miguel ha conseguido el triunfo social, pero su familia es un fracaso y se encuentra más solo que nunca: él es el verdadero vencido.

El destino de Lázaro, escrita diez años después (1959), tras una crisis personal del autor, es una novela que se diferencia de las anteriores. Estructuralmente, no tiene una cronología tan lineal, el tiempo es más moroso, el tono más sereno, y además se cuentan en paralelo las historias de diversos personajes hasta que sus destinos se cruzan, volviendo constantemente del presente al pasado. Temáticamente, la dedicación profesional del protagonista y su renacer sentimental en la madurez, acompañado de un mayor ahondamiento psicológico en los personajes principales, ocupan más espacio que la cuestión social. Esta, junto con los ecos de la guerra de Marruecos, se manifiesta sobre todo al final de la novela (de la mano del aspecto anterior: el amor de Lázaro por Jacinta –la hijastra del cacique de *Llanura*– también despierta en él el amor por la humanidad, por la redención social, como si se tratara de un nuevo Benito, o de un Lázaro bíblico «resucitado» a la vida amorosa y social). Y esta es nuevamente la causa de su fracaso. Sin embargo, el tono de la obra no es tan pesimista y amargo como en los casos anteriores, y parece haber un pequeño resquicio para la esperanza, por la comprensión que se muestra hacia los seres humanos.

Andújar dedica buena parte de los años sesenta a redactar novelas que no se publicarán sino tiempo después: en 1961 *Cita de fantasmas*, que no aparecerá hasta 1984, y entre 1964 y 1966, *Historias de una historia*, su mayor y más ambicioso empeño narrativo, donde plasma una visión panorámica y múltiple de la guerra civil, basada en buena medida en el recuerdo de sus vivencias. Pese a las trabas de la censura franquista, que la podó y retrasó su publicación, Andújar quiso que la obra se publicara en España. La novela apareció, con diversos cortes y silencio administrativo, en 1973. La versión íntegra no se pudo leer hasta 1986.

Es como si el autor hubiera querido tener la perspectiva y el distanciamiento suficientes antes de enfrentarse al suceso central de su vida, y hacerlo después de haber novelado sus antecedentes. De hecho, sin dejar de defender los ideales de la legalidad republicana, en la novela predomina un propósito humanista, fraternal y conciliador por encima de posibles visiones partidistas, lo que coincide con el abandono de Andújar de la política activa en el exilio. El narrador no juzga ni sanciona a sus

personajes, y solo rechaza las motivaciones de venganza personal, egoísmo, cobardía u odio.

Como el título indica, la novela cuenta, desde una pluralidad de perspectivas, voces y conciencias, lo que supuso la guerra civil para el pueblo español: son, en efecto, *historias* de aquella terrible *historia*. La obra tiene dos partes. En la primera, «Entre prólogo y epílogo», que casi es un relato independiente, se cuenta lo que sucede el 18 de julio de 1936 en una innominada ciudad castellana en la que triunfa el golpe de estado, tanto desde la perspectiva de los que defienden a la República como de los que se alzan contra ella. La ciudad es un microcosmos que simboliza la situación de España entera. El final es moralmente aleccionador, porque el personaje del forastero ecuánime, desapasionado y aparentemente neutral que introduce la historia, don Fermín, muere fusilado por los facciosos. Otro narrador episódico, don Acacio, concluye este primer acto con una reflexión que tiene lugar una vez acabada la guerra, y que expresa el propósito de su autor:

Aunque hoy se deforme lo ocurrido, se tiñan los entresijos [...] y los jóvenes alardeen de olvidarlo todo, como si ellos fueran una «generación espontánea» y se hubieran emancipado íntimamente de nuestras taras, día alumbrará en que se analice aquel estallido con espíritu limpio, mente clara y propósito fraternal. ¿Se cumplirá entonces la utopía del hombre español? (Andújar 1986: 105).

Como vemos, hay una lección moral, dirigida sobre todo a los jóvenes, en torno a lo que hoy llamaríamos la dignidad de la «memoria histórica»: no olvidar el drama del pasado y elucidar desapasionadamente qué lo hizo posible para que se pueda construir entre todos un futuro mejor. Similar mensaje había expuesto Andújar en el volumen *Cartas son cartas* (1968), un epistolario seleccionado.

Solo dos personajes de este largo preámbulo, que consiguen escapar de la ciudad, aparecen en la segunda parte de la novela, la más dilatada, que cuenta la guerra civil en Cataluña, tanto en el frente como en la retaguardia, desde su inicio hasta casi su final, cuando, tras la batalla del Ebro, las defensas republicanas se derrumban y el ejército y parte de la población civil cruzan la frontera francesa para ser internados en campos de concentración (experiencia que Andújar ya había relatado en su primera obra). Tanto la primera como la segunda parte se dividen en secuencias narrativas más o menos extensas que constantemente saltan de unos personajes, lugares, situaciones y diálogos a otros. La segunda se divide en cuarenta capítulos de diferente medida: breve al inicio y al

final; extensa en su parte media, lo que se corresponde con el ritmo del relato, acelerado en los inicios y finales de la guerra y moroso cuando el frente se estabiliza. La narración sigue el orden cronológico, aunque de vez en cuando suceden anacronías, normalmente hacia el pasado y, más escasamente, hacia el futuro.

Uno de los personajes narradores, el periodista Andrés Nerja, observador escéptico y reflexivo, un intelectual más que un hombre de acción, actúa como *alter ego* del propio Andújar, como él mismo reconoció (Andújar 1987: 20-21). De hecho, en un momento dado parecen confundirse personaje, narrador y autor implícito cuando Nerja afirma:

Más tarde, al producirse la derrota definitiva, al desterrarme, procuré recapacitar, até cabos sueltos, intenté adquirir una idea panorámica, documentación, pero se acumulaban las imágenes y las sensaciones, de lo agitadamente visto y oído surgía un conjunto paradójico y borroso, de pesadilla o de una luminosidad que aún me ciega. Decidí atenerme, sin más ni menos, al rastro de mi experiencia personal, a los hechos tangibles que en huella me constituyeron (Andújar 1986: 213-214).

Metanarrativamente, la cuestión que se plantea el personaje es la misma que se plantea su autor para dar forma a su novela. Nerja, constituyéndose en una especie de heterónimo, volverá a estar presente en otros escritos de Andújar, incluso ensayísticos: en el capítulo dedicado a José Ramón Arana en *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX* (1981), aparece como un personaje real que discute con el propio autor, en una parodia muy unamuniana. Al final de su última novela, *Un caballero de barba azafranada* (1992), un personaje también afirma conocer a Nerja.

Este pone en contacto el frente aragonés y la retaguardia barcelonesa, y se relaciona con la mayoría de los personajes relevantes de la novela. Por ende, como corresponsal de guerra, es el cronista de las acciones de una columna miliciana, «La Montaña», que en los primeros enfrentamientos tiene un comportamiento heroico y que acabará siendo una división de choque con un papel relevante en la batalla del Ebro. Este proceso muestra la militarización del Ejército Popular Republicano, y su papel recuerda, por ejemplo, a la famosa División 43 del «Esquinazau» o a la columna Durruti (a la que se unió Andújar al inicio de la guerra). A través de esta unidad se narra la cohesión y solidaridad que producen las acciones bélicas entre los que acaban siendo «hermanos de sangre». Sin embargo, el enemigo es una presencia ominosa que nunca se describe, aunque sí los devastadores efectos de los bombardeos sobre la ciudad o el fuego artillero en el frente.

En torno a la columna aparecen personajes honestos y coherentes con sus convicciones, como los que forman su comité de guerra: el dirigente Rafael Moral, llamado «Dos Efes» o «El Zurdo»; los ideólogos Jenaro y Carmelo (los tres mueren en acciones de guerra); «Ista» y el Coronel. También Aurelio, el personaje que logra escapar de los facciosos en la primera parte (y al que casi al final de la guerra amputan una pierna, lo que sirve para describir la vida hospitalaria), al igual que Castaño «el viejo», y Carmelo, el hijo de don Fermín, fusilado al final de «Entre prólogo y epílogo». En la retaguardia, Mercedes (enamorada en secreto de Nerja, y cuya familia se ha pasado al otro bando; como de costumbre en Andújar, la estructura familiar rota simboliza la fractura social); el cura Mosén Miquel, que compone una sinfonía sobre la guerra civil (y que podemos vincular al *Mosén Millán* de Ramón J. Sender o *El cura de Almuniaced* de José Ramón Arana), el periodista Rivera, que trabaja junto a Nerja, el quintacolumnista Vicente Pérez Trosal (que acosa a Mercedes y muere cuando las tropas franquistas entran en Barcelona) y, casi al final, personajes desposeídos y de gran desvalimiento, como el niño Dantón o Isabel Candelaria. Lo importante es que aparecen reflejados, con sus puntos de vista y sus discusiones, todo el arco ideológico de la izquierda: anarquistas, socialistas, comunistas, liberales, republicanos y hasta brigadistas; como contrapunto, el discurso falangista del quintacolumnismo o la tibieza de los indiferentes. Del mismo modo, quedan recogidas todas las clases sociales, desde el proletariado y la pequeña burguesía hasta la aristocracia, así como la visión de la guerra que tiene la población civil, los combatientes, los intelectuales y los políticos. (Un par de capítulos, de diálogo entre estos –sobre todo el 18, a modo de escena teatral– recuerdan a *La velada en Benicarló* de Manuel Azaña).

El enfoque perspectivista de una narración coral y polifónica, más madura que la practicada en *Cristal herido*, hace que las vivencias y reflexiones particulares de unos personajes ficticios, antiheroicos en su mayoría y sin trascendencia histórica, se sobrepongan a la historia con mayúsculas, aunque su experiencia esté determinada por esta. Sin embargo, conforme nos acercamos al final de la novela, todo se precipita y, tras la batalla del Ebro, lo individual pierde su importancia frente al desastre colectivo, que arrastra dramáticamente a todos los personajes y, en medio de la desbandada general y de un tono desencantado y angustioso, da lugar a ejemplos de entereza y dignidad moral. Lo que le interesa a Andújar no es contar unos sucesos ya sabidos, sino reflexionar sobre ellos y mostrar el sufrimiento humano a través de sus personajes. De hecho, la novela acaba focalizada, junto a los soldados que acaban en el campo de

concentración, en el drama de dos personajes de la retaguardia: Mercedes y Mosén Miquel, ejemplos del exilio interior y exterior, respectivamente, y que simbolizan la tragedia de toda la población civil.

Andújar escribe con voluntad de estilo en una prosa alusiva, entrecortada, a veces compleja, que frecuentemente quiebra el periodo oratorio. Esto, unido a una trama leve, a un tono reflexivo, discursivo y desapasionado, que a veces remonta el vuelo lírico, y a los frecuentes diálogos y monólogos interiores descontextualizados de los protagonistas (o las también presentes ensoñaciones y pesadillas) hace que la novela tenga un fuerte componente intelectual e introspectivo.

Casi diez años pasan hasta que Andújar se decide a publicar otra novela. En 1982 aparece *Cita de fantasmas* y en 1984, *La voz y la sangre*, que, formal y argumentalmente, tienen mucho en común: en ambos casos, el protagonista emprende una investigación relacionada con la guerra civil, lejana ya en el tiempo o en el espacio, pero que pesa como una losa sobre su conciencia. Esta pesquisa transforma al personaje, da sentido a su vida y acaba revelando un sentido moral y colectivo sobre la sociedad española. La guerra ya es un hecho del pasado, lo cual da pie a analizar sus efectos en la memoria (donde se confunden verdad y mentira, mito y realidad), así como su significado para las nuevas generaciones, aquellas que no la vivieron directamente, lo que provoca cierto choque generacional entre personajes de distintas edades.

La indagación tiene una función no solo temática, sino también metanarrativa y estructural, porque es la anécdota que emplea el autor para dar forma a su discurso (un discurso fragmentario y perspectivista, donde se confrontan distintos puntos de vista, testimonios, diálogos y opiniones sobre lo que sucedió o no sucedió en el pasado) y sirve también para introducir sus propias reflexiones. Es decir, que la indagación que emprenden los personajes son el pretexto que emplea el autor para dar cauce a lo que le preocupa, su constante pesquisa, de raíz ética y con sentido crítico, sobre la guerra civil y sus consecuencias. Significativamente, este tipo de relato en torno a una investigación, que narrativamente crea misterio y suspense, es muy frecuente en la literatura española a partir de los años ochenta. Sin embargo, las novelas de Andújar se separan de sus contemporáneas por el uso de una prosa y un estilo cada vez más alambicados, retoricistas y barroquizantes.

Cita de fantasmas parte de una primera redacción realizada en los años sesenta. Si no se publicó entonces fue por su visión «conflictiva y crítica» tanto del exilio republicano en México como de algunos episo-

dios turbios de la España republicana durante la guerra civil (Andújar 1987:19).

El protagonista de la novela, Ricardo Estella, es hijo de un republicano exiliado en México, que, desorientado existencialmente, asiste a las conversaciones de los círculos de emigrados sobre la guerra civil y sobre su utópico regreso a España. Su punto de vista le sirve a Andújar para plasmar una visión crítica y poco condescendiente sobre los exiliados españoles, desarraigados, inadaptados y nostálgicos, que solo esperan una desaparición del dictador que nunca llega. No obstante, el progresivo interés del joven Estella por lo que sucedió con un personaje de la retaguardia barcelonesa, Jaime Trías, que fue ajusticiado por traición al final de la guerra civil, le lleva a modificar su visión de las cosas, a entender un poco mejor a sus mayores y a reconocer las raíces de su propia identidad. Ricardo trata de esclarecer las circunstancias de la muerte del enigmático personaje a través de múltiples testimonios contradictorios (entrevistas, conversaciones, cartas, encuentros casuales e incluso sueños y alucinaciones, como en el capítulo final), que provocan una interesante oscilación dialéctica entre pasado y presente, guerra y exilio, mito y realidad. Finalmente, descubre la inocencia e integridad de Trías frente a su secario ajusticiamiento por motivos políticos, y reivindica su memoria. De este modo, a través de lo que podemos considerar un viaje iniciático, el protagonista descubre las complejas motivaciones de los seres humanos, la verdad de los hechos frente a su mitificación, y su propia verdad.

Dos años después, Antonio Muñoz Molina inicia su periplo narrativo con una novela que tiene varios puntos de contacto con esta, *Beatus ille* (1986).

La voz y la sangre es una novela basada en las vivencias de su autor a su vuelta de México. Se desarrolla, por tanto, en los años finales de la dictadura franquista, cuya sociedad retrata a través de múltiples puntos de vista y narradores. En este caso, el *alter ego* del autor es el personaje de Dionisio, exiliado que vuelve a España y convence a distintos amigos suyos y a su ahijado (quien le sirve para mostrar de nuevo el choque generacional) para emprender una encuesta psicológica y sociológica que estudie las traumáticas consecuencias de la guerra civil, escondidas pero latentes en la psique de todos los españoles, con la intención de producir una catarsis colectiva. El propio Andújar explicó que este propósito lo había planteado realmente y que, al no ser posible su realización, decidió convertirlo en una novela. Del mismo modo, su autor apunta lo que pretendió al escribirla: «plantear el dilema moral de si la averiguación de los

traumas ocasionados por la guerra civil debe o no convertirse en materia de asimilación comunal, en camino expiatorio» (Andújar 1987: 22).

Esta trama de investigación terapéutica es el cañamazo que emplea el novelista para reflexionar de nuevo sobre sus obsesiones, promover su idea de una reconciliación basada en el conocimiento y la aceptación de lo que sucedió y criticar la, en su opinión, olvidadiza, consumista y hermética sociedad española que encuentra a su regreso del exilio. Como le ocurre a todo exiliado, el país que Andújar conservaba en la memoria y el que encuentra a su regreso no es el mismo ni podía serlo, lo que le produce sentimientos encontrados, que afectan a la escritura de su novela, especialmente intrincada, densa y compleja. La tendencia a la fragmentación y a la polifonía coral de sus narraciones previas se acentúa (a través de diversos narradores, monólogos interiores, diálogos, poemas, sueños o alucinaciones de personajes vivos y muertos cuyos fantasmas reaparecen, así como de múltiples historias y personajes paralelos). También aumenta el retoricismo y la barroquización de su prosa, que en ocasiones llega a resultar algo amanerada. Por otra parte, el rechazo de la nueva sociedad española acentúa los componentes satíricos y expresionistas, y cierta tendencia hacia la abstracción. Todo ello procura una lectura incómoda y demanda un papel muy activo del lector. El propio escritor reconoció la dificultad de su empeño y el fracaso parcial de sus aspiraciones (Andújar 1987: 22).

La crítica a la sociedad española que aparece en *La voz y la sangre* se acentúa en la novela que cierra el ciclo de «Lares y penares», *Mágica fecha* (1989). Frente a su producción anterior, Andújar escribe ahora una fábula moral, una distopía futurista y alegórica, al modo de Huxley y Orwell, que tiene lugar en Madrid el 31 de diciembre del año 1999, la «mágica fecha» del título, que iniciará una nueva era. El autor imagina un relato, nuevamente coral, de una sociedad deshumanizada, sometida al poder tecnológico, científico y burocrático del Estado (donde hasta los poetas son funcionarios). En ella, las personas sustituyen su nombre por un número de serie, se emparejan en matrimonios regulados por «ingenieros programadores de control», están vigiladas por un «psicosis-mógrafo», no tienen libre albedrío y les está vetado el recuerdo, el humor o la disensión.

En este contexto, el llamado «Científico Cimero», como forma de mostrar su libertad y su protesta, se suicida al inicio de la novela, y al final lo hace Jerónimo, acabando así con su programada inmortalidad. Tangencialmente, aparecen temas como el derecho a una muerte digna,

la crítica a la destrucción de la naturaleza, y también alusiones a lo que parece la guerra civil. Se trata de una novela densa, que acentúa el barroquismo expresivo de su obra anterior, con numerosos neologismos y juegos de palabras, que introduce poemas y escenas teatrales en su discurso, y que aumenta los componentes paródicos, irónicos y satíricos en su crítica de costumbres de una deprimente sociedad española del futuro, pero que representa la contemporánea al autor.

La tendencia a la abstracción culmina en *Un caballero de barba azafranada* (1992), última novela publicada por Manuel Andújar, que él mismo consideró fuera del ciclo «Lares y penares». Es la historia del vínculo fraternal que se establece entre dos mujeres, Hortensia y Mercedes, una portera y una psiquiatra, respectivamente, que mantienen una cómplice relación por las visitas en sueños de Marino, ese «caballero de barba azafranada» del título, el espíritu de un fallecido (cuyo cuerpo, víctima de un asesinato, ve Hortensia en la calle al inicio del relato). Este se aparece primero a la portera, con la que mantiene encuentros sexuales, luego a la doctora, con la que entabla una relación más intelectual, e incluso, incidentalmente, a Mauricio, responsable de la clínica psiquiátrica donde trabaja Mercedes y donde acaba recluida Hortensia. A la muerte de esta, se afirma que Marino desaparecerá definitivamente de entre los vivos, como si ella hubiera sido su médium. Como vemos, es una historia muy distinta a las anteriores, de pocos personajes, de ambiente intimista (con numerosos monólogos interiores) y de tema más psicológico y existencial que fantástico, sobre las fronteras entre la vida y la muerte, la demencia y la cordura, que cierra y culmina la trayectoria narrativa de Manuel Andújar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDÚJAR, Manuel (1986), *Historias de una historia*, Barcelona, Anthropos.
- (1987), «Una versión fragmentaria de vida y obra», *Anthropos*, 72, 15-22.
- CONTE, Rafael (1976), «La obra narrativa de Manuel Andújar, unas *Visperas* que lo siguen siendo», *El País*, 4 de agosto.
- (1987), «El realismo simbólico de Manuel Andújar», *Anthropos*, 72, 38-42.
- GARCÍA DE NORA, E. (1963), *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, II.
- PIÑA-ROSALES, Gerardo (1988), *Narrativa breve de Manuel Andújar*, Valencia, Albatros Hispanófila.
- SHERZER, William M. (1996), *Manuel Andújar. Reflexiones sobre la historia de España*, Valencia, Albatros Hispanófila.